

Los Memorialistas

Por Braulio Arenas

Afirmaba Jean Cocteau que todo escritor, durante su vida, llena páginas y páginas de un libro que nunca llegará a publicar: el libro de los agradecimientos.

Precisamente ahora acabamos de agregar algunas líneas de gracias al libro nuestro, líneas consagradas a aquel amable corresponsal que nos obsequió los **Recuerdos de treinta años**, de José Zapiola (1802-1885), publicados por la Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1974.

Todo esto viene a cuento, pues no hace mucho aseverábamos que se imponía, de toda necesidad, una inmediata reedición de este más mentado que conocido libro, agotado en sus anteriores entregas hace ya tanto tiempo.

Así pues tal reciente publicación existía, y además impresa en excelentes condiciones.

En primer lugar, el prólogo, Patricio Túpper León, en completísimo estudio sitúa estos **Recuerdos** en el cuadro general de la literatura del pasado siglo y los valoriza en su importancia de documentos vivientes, tan necesarios para la comprensión histórica y cultural de un país: "Su contribución tiene más el carácter de un evocar risueño del pasado que de aseveraciones polémicas en torno a hombres y cosas. Es lo suyo un conjunto de toques impresionistas que ambientan, iluminando la faz de la época, y que designan a la posteridad el cuadro completo, intrincado, definitivo, de aquella sociedad bullante y desaparecida de nuestros comienzos patrios. Función que de ninguna manera resulta secundaria. Todo lo contrario. Cualquier método que aspire a resucitar de los escombros del tiempo una fase humana, por hábil y metódico que sea, por inteligente y aritmético, no podrá traducir los jeroglíficos invisibles de su atmósfera espiritual, de sus resortes psicológicos, si no tiene a la vista monumentos explayativos de tal naturaleza. Zapiola nos legó lo que guardaba fresco en su memoria: un material de reconstrucción insustituible, como que la historiografía que le sigue jamás deja de ir a sus capítulos en busca de inspiración ambiental".

No se podría sintetizar el libro en mejor forma, como tampoco se podría destacar su importancia en mejores términos que los empleados por Tupper.

Por nuestra parte, desde hace años hemos insistido en la necesidad de tener al día una completa colección de los memorialistas chilenos de la pasada centuria, amén del rescate de cantidad de artículos diseminados en los viejos periódicos y que nos procurarían un amplio repertorio de sucesos particulares y más de una sorpresa en cuanto a los géneros literarios (por ejemplo, la aparición desde muy temprano del llamado "artículo de costumbres" y la aparición del cuento chileno, no con Bello y Lastarria, como acostumbran a repetir y a repetirse los comentaristas, sino mucho antes, en 1819, con Juan Egaña).

Asimismo, en una colección semejante deberían tener cabida todos aquellos viajeros que se inclinaron con interés sobre los primeros lustros de la república (María Graham, para nombrar a alguno), en ediciones anotadas, como es el caso de estos **Recuerdos** tan felizmente complementados con las observaciones de Tupper León.

No sin intención hemos señalado la obra de la escritora y pintora inglesa, pues sabemos que uno de nuestros bibliófilos adquirió en San Francisco de California un cuaderno manuscrito suyo con interesantes datos para agregar a las páginas de su famoso **Diario**. ¿No sería ya la hora, nos preguntamos, de lanzar la edición completa de la obra de esta amiga de Lord Cochrane?

Y así como éste de María Graham y este otro de José Zapiola, hay cantidad de libros referentes a tópicos nacionales del siglo anterior (básico y rico para la constitución de la nacionalidad histórica y cultural nuestra) que esperan la actividad de las prensas movidas por manos generosas.

Sabemos de particulares esfuerzos, entre los cuales cabe destacar el de la Editorial Francisco de Aguirre, productora, en la República Argentina, de excelentes ediciones de escritores nuestros, ediciones proyectadas más con entusiasmo que con propósito especulativo, por la razón de que prima la máxima en el mercado editorial de que los libros documentales del pasado "no son comerciales" (aunque paradójicamente, andando los días, sean éstos los que adquieran mayor cotización entre los compradores).

Pero lo que por encima de todo propugnamos, cerrando los ojos a la menor objeción de tipo mercantil, es la creación de una completísima colección de dichos autores, establecida en forma sistemática, y dentro de la cual sean admitidos todos los memorialistas, articulistas, viajeros y cronistas de la pasada centuria.

Es decir, una colección de utilidad manifiesta, pues los escritores que se remitieron en sus textos a un período determinado, o a una determinada circunstancia, lo hicieron como testigos, si no desapasionados, por lo menos presentando siempre la verdad sin el adorno de la fantasía, y sin caer en chismes de alcoba o en "la petite histoire".